
Tipos Star:

Los Idolos Juveniles en los Medios de Comunicación

LUIS BRITO GARCIA



■ LA MUERTE DE LOS MALOS

¿Qué se hicieron los chicos malos? Tuvieron, sin excepción, el mal fin que sus desafíos al sistema hacían prever, James Dean terminó su *Rebelde sin Causa* entre el amasijo retorcido de hierros de un automóvil deportivo, Elvis Presley abandonó su inquietante meneo de caderas al parecer, fofo, repulsivo e hinchado de drogas en un palacete estilo Hollywood. John Lennon fue muerto a tiros por un hombre que se hacía llamar John Lennon. Jimmy Hendrix y Janis Joplin se quemaron en los fulgores de la iluminación química. Por una simetría inquietante, la realidad (¿la realidad?) infligió a estos contestarios el castigo que en los libretos del show bussines se reserva a los disidentes: degradación, violencia, muerte.

• LA RESURRECCION DE LOS BUENOS

¿De dónde salen ahora tancos chicos buenos? Del mismo lugar que engendró a los chicos malos: de los barrios pobres, del extranjero, de la provincia, de la marginalidad. ¿Qué los hace tan buenos? El hecho de que aceptan automáticamente las reglas del juego, unas reglas de alta formalidad. ¿Quién descubre que son buenos? El show business, la misma máquina creadora de ficciones que un día endiosó a los chicos malos, para abandonarlos luego a sus folletinescas aniquilaciones. Travolta, Superman, Luke Skywalker, la chica de Flashdance, los chicos de Breakdance, Michael Jackson, Brooke Shields, el Grupo Menudo y Guillermo Dávila, por no citar más que algunos modelos propuestos a los jóvenes por los medios de comunicación extranjeros y nacionales, comparten más de un rasgo: de hecho, ilustran una sola historia mítica: la de la recuperación del marginado por la maquinaria del espectáculo. Oído al tambor, jóvenes en espera de redención.

• TRAVOLTA

Tony Manuro —el personaje a quien encarna Travolta, quien en realidad se encarna bastante a si mismo— es un joven sin destino. Pobre, habitante de un barrio marginal, sin estudios y para colmo miembro de una minoría discriminada (italonorteamericano), su futuro debería oscilar entre el pandillismo, la mediocridad y la cárcel.

Pero la fábrica de ilusiones no tolera ya estas feas palabras. Travolta escapará a todas las marginaciones mencionadas, mediante la adopción de un ritual de alta formalidad (el disco) de un uniforme (impecable traje blanco) y de una competencia reglada (el mundo del espectáculo). Este sometimiento depara sus recompensas: ascenso social, mediante el amor de una mujer mejor situada, admiración colectiva, recompensa pública (trofeo). La conciencia de que el trofeo es concedido a través de una injusta manipulación, apenas desata una crisis pasajera: sabemos que Travolta continuará travolteando, idolatrado por millones de adolescentes sin destino, hasta que lo borre una muerte peor que el balazo destinado a Lennon o el ácido tragado por Hendrix: la fugacidad banal, la fría intercambiabilidad de todos los estereotipos propuestos a los jóvenes en los últimos años.



• SUPERMAN

Supermán es también marginado: extranjero (planeta Krypton), provinciano (Smalville), tímido. Lo redimirán de estas marginaciones el rutilante uniforme azul-rojo, el implacable código moral de soporte a lo estatuido: a la propiedad privada, a la autoridad. El opaco provinciano Clark Kent adquiere así el derecho a las atenciones de Louise Lane, una mujer independiente, brillante, audaz y autónoma. Mientras reviste su disfraz escénico, Supermán es invulnerable, invencible, insuperable: al volver al casimir gris, cae en el abismo de la miopía, la ineptitud y el menosprecio, es decir, cae en la realidad. Todos leímos esta patética fábula sobre la personalidad escindida y los sueños de poder cuando éramos apenas niños. Ahora regresa, en pantalla panorámica, y, digámoslo con justicia, a veces relativizada gracias al corrosivo humor de Richard Lester, para edificación de nuestros adolescentes ¿Cuál uniforme vestirán? ¿Cuál más hueco, más deplorable que el otro? ¿Cuál oculta mejor la angustiada, remota, lacerada personalidad de Supermán, sobre la cual, en casi medio siglo de explotación comercial, hubo apenas un inteligente episodio de unas veinte páginas, firmado por Jack Kirby? Evidentemente, no es un pájaro . . . no es un avión. Es el conformista completamente alienado, todos sus superpoderes creativos rebañados a la custodia perenne de la convencionadidad.

• LUKE SKYWALKER

Tres sobredimensionados episodios arrastra ya la trabajosa saga épica del marginado Luke Skywalker. Granjero, provinciano, es llamado para participar en una lucha para defender el Bien, en la cual todas las reglas están claramente establecidas. Desde el uniforme (blanco y luego negro) hasta los milagrosos asistentes espirituales que guiarán su cursillo de perfeccionamiento espiritual (Obi Ben y el Yoda), hasta la infaltable mujer de status superior (la princesa Leia Organa), con la cual, ay, el romance fracasa debido a la castración simbólica de la mano mutilada y al tabú del incesto. No importa, pues todo está preestablecido: con Luke Skywalker, los adolescentes aprenden que La Fuerza los sacará con bien del vientre de la Estrella Negra, de la persecución del siniestro padre Dart Vader, y, quizá, de las barriadas del Bronx, siempre y cuando no pierda la calma, y esperen el próximo episodio de la serie, que será ¡Fabuloso!

• LOS CHICOS Y CHICAS DE LA DANZA

Flashdance, Breakdance, Dinamite . . . Los mitos tejidos alrededor de cada uno de estos bailes, aparte de repetir los patrones de integración por el sometimiento a la rigurosa disciplina y de la redención por el mundo del espectáculo, enfatizan el riguroso anonimato de la estrella. La chica de Flashdance es un ingenioso zurcido fabricado con una actriz, una bailarina y una cantante distintas, que la magia del trucaje funde en una. A través de la danza, redimirá su condición de obrera, logrará el reconocimiento, y la atención de un varón de status superior (hijo del dueño de la fábrica). Idéntica historia sucede con los bailarines marginales de Breakdance, que consiguen integrarse en el gran mundo de la farándula mediante la amistad con una bailarina profesional. Rostro y gestos prefabricados para el olvido, porque lo que importa es su capacidad de asimilarse a rutinas corporales de una dificultad casi acrobática . . .

La apoteosis de la neutralidad es Michael Jackson. Ni adolescente, ni adulto, ni masculino, ni femenino, ni moreno, ni blanco, pero eso sí, rigurosamente integrado: sus públicas apoteosis de necrofilia y gestos lascivos son compensados rigurosamente por también públicas confesiones de

abstención de cigarrillo, alcohol, drogas y sexo, por su beatería religiosa, por la adoración del ingreso . . . Todas las ambigüedades de Michael Jackson le hubieran representado duras marginaciones en el mundo real, donde adolescentes, epícuras y mulátos son agriamente discriminados. Basta la representación santificada de tales ambigüedades en un escenario, para que se conviertan en estigmas de divinidad.

Michael Jackson es el digno cortejante oficial de una Brooke Shields cuya entrada al cine, en "Pretty Baby", fue en el papel de una niña vendida al mejor postor en un lenocinio, y que ahora representa el papel de la virginidad cuidada por chaperonas y agentes de relaciones públicas: la mercancía femenina, y la frigidez provocativa en un solo paquete de acciones (o de inacciones, pues Brooke no sabe bailar, cantar ni actuar).

• EL PATIO LATINO: MENUDO Y RICARDO DAVILA

Con la anterior exhibición de estereotipos, se comprenderá ya cuáles son los modelos que deben seguir los productores de modelos para los adolescentes latinoamericanos. En el Grupo Menudo se repite la misma vieja historia: fama, riqueza y adoración femenina a través del manejo de la disciplina rigurosa de la danza y el canto regimentados. También, anonimato, intercambiabilidad y sustituibilidad perfectas: los miembros del Grupo son despedidos uno por uno, a medida que cumplen dieciséis años, y cambiados por otro Menudo de repuesto (se supone que debe haber abundantes colas).

La imagen mítica creada para Guillermo Dávila es como un gran resumen de las temáticas expuestas. En "Ligia Helena", Guillermo-Nacho es el marginal que supera su pobreza a través del estrellato. La ascensión social sólo se confirmará por el sello de aprobación de la infaltable mujer de status socioeconómico superior, la burguesita Ligia Helena. Siguen los malentendidos y las fricciones de rigor: el grato olor del éxito y el amor terminarán arreglándolo todo. El talento personal de Dávila, y más aún, del libretista César Miguel Rondón, no pueden ir más allá de estas reglas del juego, que están como hemos visto, rígidamente fijadas de antemano:

1) Las juventudes del sistema sufren de marginación, carencias sociales, económicas y sexuales, falta de identidad y destino. 2) Un héroe, que en su etapa de formación comparte tales carencias, debe ser redimido por su religiosa adscripción a una disciplina integradora, 3) La más inocua, al mismo tiempo la más eficaz de estas disciplinas, es la del show-Business. 4) El mundo del espectáculo cuenta cada vez más una única historia: la del propio mundo del espectáculo. Se hace, como dirían los semiólogos, auto-referente. Esta auto-referencia es rigurosamente falsa: nunca se explora en profundidad la mecánica corrupta y demolidora de la fábrica de ilusiones. 6) Aparte de destruir a los verdaderos talentos, individuales, rebeldes, contestatarios, indómitos (Dean, Lennon, Joplin, Hendrix), la fábrica de ilusiones se constituye en única realidad, en única vía de salvación, en única trascendencia posible. 7) Por argumento a contrario, la realidad, (la marginalidad, la carencia, el anonimato, la protesta, finalmente, la vía de acción concreta, la creatividad individual o la acción revolucionaria) pasa a ser ilusión, mero prólogo o aperitivo de la ascensión al emperio de las estrellas, que será el premio de nuestro conformismo.

En resumen: no se vayan, chamos, que esto se compone.

¿O se descompone? □